

Borrador del artículo publicado en Álvaro París Martín, "El degüello general de negros. Realismo exaltado y política popular en Madrid durante el verano de 1825", en Arnabat, Ramón y Gavalda, Antoni (eds.), *Homenatge al Doctor Pere Anguera (I). Història local. Recorreguts pel liberalisme i el carlisme*, Catarroja, Afers, 2012, pp. 410-420.

## ***El degüello general de negros. Realismo exaltado y política popular en Madrid durante el verano de 1825***

Álvaro París Martín

Universidad Autónoma de Madrid

Grupo Taller de Historia Social

Tradicionalmente, la segunda restauración absolutista ha sido descrita como un paréntesis en la evolución histórica, un periodo sacado “de en medio del tiempo” ante el que muchos historiadores han preferido, siguiendo los pasos de Mesonero, apartar la vista y *doblar la hoja*<sup>1</sup>. Aunque los trabajos de Fontana y Jean-Philippe Luis han contribuido a rescatar la *Ominosa Década* del ostracismo historiográfico, aún conocemos muy poco del alcance que las luchas entre moderados y ultras tuvieron sobre el conjunto de la sociedad<sup>2</sup>. Tras la experiencia del Trienio - marcada por la eclosión de una incipiente opinión pública y de nuevos modelos de sociabilidad política – el regreso del absolutismo habría sumido en el letargo a una sociedad civil apática y silenciada por la represión. Sólo el exilio liberal y las reformas administrativas impulsadas por los moderados conectarían este “tiempo sin historia” con la evolución que tenía lugar fuera de nuestras fronteras, poniendo las bases para que, tras la muerte de Fernando VII, España se incorporase de nuevo a la senda del progreso y la modernidad.

Lo cierto es que disponemos de una fuente que nos traslada una imagen muy diferente del periodo, mostrándonos que el conflicto entre moderados y ultras trascendía las intrigas de gabinete para trasladarse a los corrillos callejeros y las discusiones tabernarias. Los agentes reservados de la Superintendencia General de Policía conformaban una red de espías distribuidos por el espacio urbano madrileño cuyo objetivo consistía en recabar información sobre el estado del “espíritu público”<sup>3</sup>. Confundidos entre la población, recorrían calles, plazas y tabernas en busca de reuniones de gentes que mantuviesen conversaciones políticas o expresasen críticas contra el gobierno. Los partes diarios redactados por estos informantes, constituyen un medio privilegiado para asomarse a los discursos que emergían de los diferentes

---

<sup>1</sup> MESONERO ROMANOS, Ramón, *Memorias de un setentón*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 413-415.

<sup>2</sup> FONTANA, Josep, *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006; LUIS, Jean-Philippe, *L'utopie réactionnaire. Épuration et modernisation de l'état dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002.

<sup>3</sup> El grueso de la documentación de la Superintendencia se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Sección Consejos, legajos 12.279 a 12.350, aunque existen otros legajos dispersos. FUENTES, Juan Francisco, “Datos para una historia de la Policía Política en la Década Ominosa”, en *Trienio*, 15 (1990), pp. 97-124.

ambientes sociales: desde las tertulias aristocráticas hasta las tabernas de los barrios bajos, desde las embajadas y ministerios hasta los mercados y plazas públicas. Con la ayuda de esta fuente trataremos de aproximarnos a un suceso aparentemente anecdótico que tuvo lugar en Madrid durante el verano de 1825.

*Los alborotos del 16 de junio*<sup>4</sup>.

Como resultaba habitual en los disturbios propios del Antiguo Régimen, todo empezó con un rumor, una noticia imprecisa que se propagó por las calles de Madrid hasta convertirse en un clamor generalizado. Durante la mañana del día 16, comenzó a esparcirse la idea de que varios tambores de Voluntarios Realistas habían muerto como consecuencia de un envenenamiento del que se responsabilizaba a los *negros* (liberales) y al propio gobierno. De forma inmediata, varios personajes clave de los círculos conspirativos ultras, entre los que encontramos al propio Bessieres, acudieron al cuartel para arengar a los Voluntarios y “corrieron la voz en el cuerpo de que les quitaban los jefes (y en particular a Villamil [su Comandante]) que era orden del Rey”<sup>5</sup>. La inquietud creció tras constatar que resultaba imposible localizar a Villamil, que no se había presentado en el cuartel en circunstancias tan críticas como aquellas. Cuando finalmente apareció, el pequeño grupo de Voluntarios se había convertido en una “turba amenazadora que se acrecentó con el mayor desorden” gritando que “ya ha llegado la ocasión de que mueran los infames a nuestras manos”. Durante el resto del día, grupos de Voluntarios recorrieron las calles con los sables desenvainados al grito de *mueran los negros*, animando a sus compañeros a tomar las armas y exclamando “que debía correr la sangre por Madrid”<sup>6</sup>. A lo largo de la noche entraron “en diferentes casas de trato, maltrataron a sus amos con sable en mano” y agredieron a numerosos transeúntes a los que “apellidaban negros”<sup>7</sup>. Una cuadrilla de quince Voluntarios recorrió varias tabernas y cafés acusando a sus dueños de haber pertenecido a la Milicia Nacional, emprendiéndola contra todo aquel al que consideraban *negro* y provocando que “varias gentes que estaban refrescando, se incomodasen y se saliesen, atribuyendo la culpa de lo que estaba pasando, a los que había puesto las armas en manos de aquella pillería”. Los incidentes se prolongaron durante el día siguiente, ocasionando varias muertes y amputaciones, incontables palizas y cuchilladas, así como destrozos en comercios y casas públicas. Aunque resulta imposible determinar el número de víctimas, la acumulación de partes relativos a incidentes violentos, correrías y agresiones de naturaleza política, evidencian que Madrid se vio sumido en un estado de caos y confusión que quedaría grabado en la memoria colectiva durante meses.

---

<sup>4</sup> Una primera aproximación a los hechos en FUENTES, Juan Francisco, “Madrid, en vísperas de la sublevación de Bessières”, en *Revisión de Larra. (¿Protesta o revolución?)*, París, Les Belles Lettres, 1983, pp. 99-113.

<sup>5</sup> AHN, Consejos, leg. 12.312, “Observaciones de las concurrencias en el día 16 de junio de 1825”. (Por la gran cantidad de citas textuales y la falta de espacio, abreviaré y reduciré al máximo las referencias a las fuentes).

<sup>6</sup> Leg. 12.312, Parte 89, Celador 2, 17 de junio de 1825.

<sup>7</sup> Leg. 12.312, Parte 94, Celador 2, 17 de junio de 1825.

¿Qué sucedió exactamente el 16 de junio? A primera vista, resulta sencillo minimizar la naturaleza de los alborotos, considerándolos como incidentes protagonizados exclusivamente por los Voluntarios e instigados por las elites ultras. Ciertamente, entre aquellos que se reunieron en el cuartel de Realistas para propagar la noticia del envenenamiento encontramos a Aymerich (ex ministro de la Guerra), Mariano Rufino González (antiguo Superintendente de Policía), Chaperón (Director de las Comisiones Militares), Solera y Salomé (clérigos ultras), así como a diversos Alcaldes de Corte, empleados de palacio y oficiales del ejército. Todos ellos eran activos conspiradores y dirigentes de las juntas apostólicas, que llevaban meses planeando un golpe contra el gabinete. La sincronización con la que actuaron parece demostrar que el envenenamiento se utilizó como un pretexto para llevar a cabo un plan previamente acordado. Varios partes nos muestran a Chaperón y Bessieres pronunciando discursos incendiarios y exclamando que “habían de correr arroyos de sangre” para vengar la “sangre realista envenenada por los negros”, mientras Solera arengaba a las masas y ejercía como “origen y móvil principal” de los disturbios. Muchos madrileños creían que “el alboroto ha tenido de origen las intrigas del Gral. Aymerich, Villamil, Coronado, Chaperón, etc.” y que “había muchas personas de alta categoría que esperaban sacar fruto de la ocurrencia”. También se comenta que Villamil “tenía noticia del suceso ocurrido en el Cuartel con una antelación extraordinaria” y que “todo lo ocurrido era una alarma excitada por el espíritu de partido”<sup>8</sup>. En definitiva, de muchos partes se desprende que “la asonada del 16 no fue el efecto del pretendido envenenamiento sino de una circunstancia pensada muchos días antes”<sup>9</sup>.

Tenemos noticias de sujetos que actuaban a las órdenes de los conspiradores, entre los que destaca Sanquirico, que “iba y venía con diferentes comisiones de Bessieres, Isidro y Villamil, pasando de hora en hora a casa de Aymerich y Carvajal”. Estos “comisionados del cónclave del cuartel” habrían sido los encargados de repartir “setenta cinco onzas de oro en medias [...] para que no se apagase el tumulto de los gritadores”<sup>10</sup>. Circulan rumores sobre sujetos vestidos “decentemente” que reparten dinero con el fin de alborotar en los barrios populares de Lavapiés y Maravillas, dónde algunos exclamaban “que ya habían ganado para el día, y que quisieran que cada semana se repitiese el mismo jueves”. También encontramos a agitadores como “un tal Berbén”, músico de la Capilla Real al que se señala como “jefe de los vociferadores” y del que se dice fue “el que en el ruidoso día 16 de Junio, hizo más estrépito, reuniendo prosélitos para fermentar los ánimos, y gritando por las calles mueran los negros, que han envenenado a los defensores del Altar y del Trono”<sup>11</sup>.

Como vemos, si aceptamos la versión de los hechos que se desprende de estos partes podríamos interpretar la asonada como el resultado de una conspiración orquestada por las elites ultras. De hecho, todo apunta a que el presunto envenenamiento no fue más que una intoxicación cárnica provocada por la ingestión de

---

<sup>8</sup> Leg. 12.292, Parte del Celador 3, 9 de julio de 1825.

<sup>9</sup> Leg. 12.312, Parte del 24 de Junio de 1825.

<sup>10</sup> Leg. 12.292. Parte sin fechar.

<sup>11</sup> Leg. 12.292. Parte del Celador 4, 29 de julio de 1825.

cabezas de ganado en mal estado. Cuando los médicos que analizaron las muestras confirmaron que no había resto alguno de veneno, los Voluntarios les acusaron de encubrir a los *negros*, mientras un cirujano implicado en la trama (Turlán) mantenía viva la versión del envenenamiento. Un celador de policía aseguraba que era necesario “taparse los oídos para no oír los clamores de juicioso pueblo de Madrid”, que apoyaba unánimemente al gobierno tras descubrir “la falsedad del envenenamiento y que no ha muerto enfermo alguno”. Nos encontramos, en definitiva, ante una versión de los hechos según la cual “el pueblo, dando muestras de sensatez, y deseos de paz, se retiró a su Casa cada vecino, despreciando las repetidas voces de muchos que gritaban mueran los negros, mueran esta tarde”<sup>12</sup>.

Sin embargo, junto a los partes que buscan tranquilizar al gobierno y minimizar el impacto de la asonada, encontramos otros que dejan entrever que los Voluntarios Realistas no fueron los únicos protagonistas de los desórdenes. Incluso cuando se intenta reforzar la idea de que los Realistas “recorrieron toda la población [...] para sublevarla pero nadie tomó parte”, resulta inevitable que se deslice una excepción: “ningún paisano, *a no ser alguna mujerzuela*, tomó parte en un hecho tan escandaloso”<sup>13</sup>. También la versión de los hechos que figura de las actas del Consejo de Ministros señala que “sólo los realistas y algunas mujeres fueron los que turbaron el orden”<sup>14</sup>. Para dilucidar el grado de participación popular en la asonada debemos comenzar por analizar la difusión del rumor que lo desató.

#### *La Policía frente a la opinión popular.*

A primera vista, la trama del veneno puede parecer una historia inverosímil, producto de un rumor sin fundamento al que sólo darían crédito los ingenuos y aquellos que buscaban beneficiarse de su propagación. Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que los rumores desempeñaban un papel crucial en la formación de la opinión popular y se encontraban detrás de buena parte de los motines que estallaron durante el Antiguo Régimen. Historias que resultaban descabelladas para los espectadores ilustrados (y que aún lo son para los historiadores actuales) tenían la capacidad de movilizar a la población con un grado de unanimidad y coordinación que sorprendía a los testigos. En París, los rumores sobre el secuestro de niños cuya sangre era utilizada para sanar la enfermedad de un misterioso príncipe, fueron el trasfondo de una rebelión contra la policía que estalló en 1750<sup>15</sup>. En Madrid, nueve años después de los sucesos que aquí se analizan, las muertes provocadas por el cólera fueron atribuidas al envenenamiento de las fuentes de agua por los frailes, rumor que desencadenó la matanza de religiosos de julio de 1834.

Tanto los contemporáneos como los historiadores han atribuido estas revueltas a la ignorancia de un populacho que respondía a las provocaciones de instigadores de elevada extracción social, que perseguían fines políticos. Los misteriosos caballeros que

---

<sup>12</sup> Leg. 12.312, Parte 97, Celador 5, 17 de junio de 1825.

<sup>13</sup> Leg. 12.312, Parte 96, Comunicación de Amigo, 17 de junio de 1825.

<sup>14</sup> Citado en FONTANA, *De en medio del tiempo*, p. 182

<sup>15</sup> FARGE, Arlette y REVEL, Jacques, *Logiques de la foule*, Paris, Hachette, 1988.

repartían dinero en los barrios bajos y guiaban a las turbas hacia objetivos concretos, las juntas conspirativas que esparcían rumores falsos para manipular la credulidad de las masas, aparecen de forma recurrente en las descripciones de motines populares. “Ces ‘hommes vêtus de noir’, sortis de l’ombre pour mener la révolte”, “ces meneurs archétypiques, coupables trop parfaits”, emergen –como nos recuerda Arlette Farge - de una convicción muy arraigada: “le peuple n’a pu se déchaîner que parce qu’on l’y a entraîné”<sup>16</sup>. Como demuestra la obra de esta historiadora, las fuentes policiales constituyen uno de los mejores instrumentos para trascender las narraciones anecdóticas de los espectadores contemporáneos y aproximarse a la lógica interna de este tipo de revueltas. No debemos por ello olvidar, como señaló Richard Cobb, que la documentación policial ha de abordarse con especial cautela, pues los espías tienden a mostrar a sus superiores la imagen que estos desean ver y a inventar fantásticas conspiraciones para justificar su retribución<sup>17</sup>.

En cualquier caso, cuando Juan Francisco Fuentes abordó los hechos que aquí se analizan, concluyó que Madrid “estuvo al borde de una insurrección popular de signo realista” aunque achacó la influencia de los ultras a la “constancia en el soborno y la provocación”<sup>18</sup>. La cuestión que cabe plantearse es si podríamos encontrarnos ante la manifestación de un ultrarrealismo popular dotado de una lógica política propia.

En primer lugar, hemos de preguntarnos quienes fueron los sectores que dieron credibilidad al rumor del veneno, pues los partes indican que “todas las gentes ilustradas dudan del envenenamiento” mientras que “el hecho en cuestión sólo tiene crédito en la hez del pueblo, que jamás calcula”<sup>19</sup>. Lo cierto es que, mientras las *gentes sensatas* secundaban la versión del gobierno, en otros ambientes el rumor tomaba proporciones cada vez mayores. En varios lugares se comenta que un Voluntario se había “hinchado” repentinamente tras beber un vaso de vino, rumor que se atribuye a una maquinación dirigida a exasperar a los “incautos que se dejan seducir”. Esa misma tarde “una mujer del pueblo” afirmaba que “había 30 Realistas ya difuntos por la acción del veneno y muchos mas próximos a morir”. Estas noticias circulaban con rapidez, provocando la proliferación de voces alarmantes y noticias confusas que alteraban el devenir cotidiano y monopolizaban las conversaciones en calles, tabernas y mercados:

“Entraba en los rumores populares hasta referirse que los rancheros estaban igualmente acometidos por el impulso venenoso; quien sostenía que el mal estaba en las marmitas; quien que era imposible por no ser éstas de las expuestas a este peligro. En los barrios bajos se oyeron dicharachos y provocaciones atroces”<sup>20</sup>.

La policía, enfrentada a este caos de voces y discursos, no ve sino “rostros furibundos y siniestros” que aprovechan el desorden para esparcir rumores maliciosos y

---

<sup>16</sup> FARGE y REVEL, *op. cit.* p. 45.

<sup>17</sup> COBB, Richard, *The police and the people*, Oxford University Press, 1970.

<sup>18</sup> FUENTES, “Madrid en vísperas...”, pp. 101 y 104.

<sup>19</sup> Leg. 12.312. Parte 90, 17 de junio de 1825.

<sup>20</sup> Leg. 12.312. Parte 99, Celador 3, 17 de junio de 1825.

entregarse al robo y la violencia. Esta imagen contrasta con la seguridad tranquilizadora que ofrecen “las gentes sensatas”, que “se refugiaron a sus casas” y cerraron sus tiendas, demostrando que “la voz unánime existe y la gratitud resuena de todos los vecinos honrados hacia la vigilancia del Gobierno y de los magistrados que lo defienden”. Pero ¿cómo puede hablarse de unanimidad cuando la opinión ilustrada y los vecinos honrados respaldaban al gobierno mientras el rumor se “abultaba” y generalizaba en los barrios bajos? La clave la encontramos en las palabras de un parte que especifica que “*lo que es la opinión pública se ha declarado en contra de la creencia del lance*”.

Como vemos, el concepto de opinión pública tiene un carácter restrictivo y excluyente. Coincide con la opinión cualificada de aquellos sectores cuyo punto de vista merece algún crédito, y se contrapone a las ideas del populacho incauto que se deja seducir. Vecinos honrados, propietarios civilizados y gentes de pluma constituyen “la parte sana del Público, que ama el orden”. La opinión general no se corresponde con la de la mayor parte de la sociedad, sino con la *opinión ilustrada* de aquellos que disponen de criterio para desoír los rumores populares y las hablillas maliciosas.

Como subraya Arlette Farge, al mismo tiempo que la policía niega la relevancia de la opinión popular, reduciéndola a un conjunto de rumores infundados propagados por agentes externos, dedica grandes esfuerzos a espiarla y conocerla, contribuyendo de este modo a darle forma:

“Sans existence ni statut, la parole populaire est un non-lieu politique en même temps qu’un lieu commun de la pratique sociale. Pourchassée par le pouvoir politique, elle prend forme et existence et s’élabore au cœur de ce système qui, contradictoirement, la nie et la prend en compte, donc, dans une certaine mesure, la crée”<sup>21</sup>.

Es esta contradicción la que nos permite leer entre líneas, captando el trasfondo político del coro de voces dispersas que emerge de los barrios bajos y queda registrado en los partes policiales. Para interpretar estos *malos discursos* hemos de referirnos al contexto político en el que se produjo la asonada del 16 de junio.

#### *De las juntas apostólicas a los corrillos callejeros.*

El verano de 1825 fue un momento de intensa agitación política que culminaría en Agosto con el fallido golpe de Bessieres, resultado de la precipitada puesta en marcha de una ramificación de la vasta trama conspirativa diseñada por las juntas apostólicas. El descontento imperante en los medios ultras se debía a una serie de nombramientos que se interpretaron como un “giro moderado” en la política del Monarca. En Mayo, el Superintendente Mariano Rufino González (destacado ultra) fue sustituido por Recacho, un moderado que dedicaría todo sus esfuerzos a desbaratar las conspiraciones apostólicas. En el mes de Junio fue cesado el ministro de la Guerra Aymerich y su puesto fue ocupado por otro miembro de la “camarilla afrancesada”, el Marqués de Zambrano. La correlación de fuerzas se decantó en favor de los moderados,

---

<sup>21</sup> FARGE, Arlette, *Dire et mal dire. L’opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992. pp. 16-17.

que pasaron a controlar cuatro de los cinco ministerios y convirtieron la Policía en una herramienta para neutralizar a sus enemigos políticos. Los cambios no acabaron aquí, pues el ultra Carvajal fue remplazado por Pezuela en la Capitanía General de Castilla la Nueva, Campo Sagrado relevó a Caro en la de Cataluña y Llauder fue nombrado Inspector General del Arma de Infantería.

Para los ultras, estos cambios constituían el primer paso para establecer un régimen de carta otorgada similar al francés, conceder una amplia amnistía para los liberales y efectuar una profunda reforma en los Voluntarios Realistas. Los nombramientos se achacaron a “la predilección de que goza en el día el Sr. Cea Bermúdez” y se insistió en que conducirían a “admitir el moderantismo tan insistentemente recomendado por los Ingleses y Franceses”. La desconfianza hacia el gobierno se acentuó por la circulación de rumores sobre el “plan de Cámaras” y el desarme de los Voluntarios, conformando un caldo de cultivo óptimo para el arraigo de la historia del veneno. Cuando el día 17 la Gaceta publica la versión oficial de la intoxicación alimenticia, los Voluntarios sostienen “que es una picardía de los que han hecho el examen del vómito y la orina”, añadiendo “que el Gobierno es Capa de negros y que el Sr. Grijalva es otro pícaro Camarillero, que su cuñado Gral. Zambrano está igualmente en el cohecho, por cuya razón ha salido Ministro de la Guerra. Que el Rey los protege y que [...] ya no le defienden a él, sino a sus personas”<sup>22</sup>. Como vemos, el Monarca no se libraba de las diatribas de los ultras, que lo acusan de estar “obcecado por la camarilla malvada que tiene a su lado” y de haberse vuelto “más negro que los mismos negros”. En una tertulia realista se denuncia que “el Rey había salido por los masones de Cádiz, y que ellos lo habían conducido a Madrid y que ellos estarían bien protegidos porque el Rey era otro igual en ideas”.<sup>23</sup>

Las críticas contra el Monarca circulaban en los ambientes de sociabilidad popular, a través de corrillos improvisados que se formaban en calles y plazas para comentar la evolución de la situación política. El testigo de una de estas conversaciones se escandalizaba

“al oír en la misma calle las blasfemias y atrocidades que salían de las bocas de ciertas mujerzuelas y gentuza que, formando corrillo, insultaban con sus imprecaciones a los objetos mas augustos y sagrados. La persona del Rey N.S no se veía libre de semejantes furias, pues entre otras cosas decían “que no gobernaba bien, que lo mejor sería poner en su lugar a quien supiese mandar ahorcar a los envenenadores de los Guardias, que ya se quería disculpar a los negros de ser los autores de semejante atentado”. “Picaros (añadían), es menester que acabemos con todos”<sup>24</sup>.

Junto a la proliferación de “malos discursos”, el incremento de la tensión desembocó en enfrentamientos verbales entre la población y las fuerzas del orden, pues

---

<sup>22</sup> Leg. 12.312. Parte 108, Celador 5, 17 de junio de 1825.

<sup>23</sup> Leg. 12.312. Parte de Carlos del 19 de junio de 1825.

<sup>24</sup> Leg. 12.312. Parte 127, Celador 3, 19 de junio de 1825.

tanto los militares como la Policía eran acusados de proteger a los *negros*. El día 26 dos mujeres se enfrentaban a unos granaderos de la Guardia Real “diciéndoles que defendían a los Negros porque todos eran otros tales o a lo menos mestizos” y que “el Rey se hallaba rodeado de Negros”. Tras insultar a los soldados, afirmaron que sus maridos eran Voluntarios Realistas y que si “estuvieran allí, ya se acordarían”. Visiblemente molestos, los Guardias respondieron

“que no sólo en sus maridos, sino en los tres Batallones de Voluntarios se f....., pues el día que se les hinchasen las narices, las armas que tienen en las manos se las habían de hacer pedazos, no temiendo nada a esa gentualla de Zapateros, Traperos, Poceros, Chisperos, etc., de que se componen”<sup>25</sup>.

Lo cierto es que, más allá de la división política entre moderados y exaltados, la tensión que respira Madrid en estos días está revestida de matices sociales. Numerosas partes nos muestran el temor de los sujetos decentes ante unos Voluntarios que se componen de “zapateros de viejo, traperos, matachines, y poceros, la gente más baja y de menos educación”. Analizando la asonada del día 16, un individuo recordaba en el Café de Lorencini que

“siempre hemos vivido bajo el Gobierno que felizmente nos rige, sin necesidad de tener armado al populacho, cuyo pensamiento, obra de la Regencia, da unos resultados funestos. “¿A quien se le ocurre (añadió) poner las armas en manos del pueblo, en un gobierno monárquico absoluto, teniendo tan frescas las consecuencias del Sistema pasado que como revolucionario lo primero que hizo fue esto de armar a la plebe?”<sup>26</sup>.

Los Voluntarios, por su parte, consideran que el gobierno moderado “no puede sufrir que el Pueblo esté armado, a pesar de que es al Pueblo a quien el Soberano debe su restablecimiento”. En “una reunión de cinco Voluntarios Realistas, pertenecientes a la clase del Pueblo bajo” que tuvo lugar en la Plazuela de Lavapiés, se aseguraba “que la cosa no irá bien hasta que ellos, con las armas en la mano, pongan en la senda que deben seguir a todas las Autoridades y no quede en pie un solo negro”<sup>27</sup>.

Podríamos suponer que, independientemente de su origen social proletarizado, los Voluntarios se movilizaban por criterios exclusivamente políticos y constituían un instrumento en manos de las elites ultras. Aunque no dispongo de espacio para abordar esta cuestión con la complejidad suficiente, me gustaría apuntar que los vínculos entre los Voluntarios y el pueblo bajo aparecen repetidamente en los partes. Realistas y paisanos compartían su odio hacia policías y militares, apoyándose mutuamente cuando estallaban trifulcas contra la tropa o los celadores. En los barrios de Lavapiés y Maravillas, dónde la policía nos dice que “cualquier sujeto decente” resultaba sospechoso por su vestimenta, vecinos y Voluntarios se reunían en corrillos y mantenían conversaciones como la siguiente:

---

<sup>25</sup> Leg. 12.312. Parte 210, Celador 2, 26 de junio de 1825.

<sup>26</sup> Leg. 12.292. Parte del Celador 2, 21 de Julio de 1825.

<sup>27</sup> Leg. 12.292. Parte del Celador 2, 18 de Julio de 1825.



“que el día 16 no se había cuajado la cosa contra los negros como ellos deseaban; pero que se prevengan después de la ida de S.M., porque no tan sólo ellos, pero que hasta sus padrinos el General Pezuela y el Ministro Zambrano, si llega el caso, medirán las calles de Madrid”<sup>28</sup>.

En los barrios populares, las críticas contra el gobierno y la Policía, las protestas por la subida del pan o las diatribas contra comerciantes y acaparadores, se expresan frecuentemente a través de un discurso político de corte ultrarrealista. Una vecina de Maravillas lamentaba que el malestar provocado por la “falta de trabajo” y la carestía de los alimentos, derivase en un incremento de la exaltación política:

“pues no hay donde ganar un pedazo de pan, y aún así dale que dale con los realistas; a fe que si llegan a subir el pan, tendremos que rascar, porque cuanto nos sucede de malo, dicen estos infelices es por los negros, que se ven sostenidos por los gobernantes actuales [...] Esto no lo dicen sólo los trabajadores, si que también el Clérigo, el Fraile, el Cirujano y el hombre de su casa”<sup>29</sup>.

Tres meses después, mientras la subida del pan provocaba “bastante descontento en la clase del pueblo bajo”, tres Voluntarios comentaban en la Plaza Mayor “que en buena ocasión se sube el pan cuando no hay un cuarto ni aún se encuentra trabajo; y que si el pan sube, ellos harán que baje”<sup>30</sup>.

Pero ¿hasta que punto el discurso realista exaltado era capaz de vehicular la expresión de los intereses populares? Indudablemente, la estrategia insurreccional de los ultras legitimaba el ejercicio de la violencia contra las autoridades y la policía, pero ¿quiénes eran aquellos *negros* que concentraban las iras populares?

La asonada del 16 nos proporciona algunas pistas para dilucidar esta cuestión. Mientras que los protagonistas de los disturbios proclamaban el “degüello general de negros”, algunas víctimas percibieron los hechos como una “carrera sobre el comercio de la capital”. Ciertamente, los alborotadores se cebaron especialmente con las personas y propiedades de comerciantes y representantes del mundo de los negocios. Dos días después de los sucesos, un celador transmite el “recelo esparcido entre los comerciantes” ante los rumores de que se prepara una asonada más seria que la anterior, añadiendo que “se ha advertido cierta agitación en las rabaneras y gente baja, y amenazas por éstas a las tiendas de la Calle de Huertas”<sup>31</sup>. Un comerciante aterrorizado asegura “que en uno de los conventos de esta Capital estaban ya reunidos para salir por las calles, exhortando con crucifijos al populacho”. Otros consideran que la única salida consiste en “recoger cada uno sus Capitales y marcharse a Francia, donde se disfruta de seguridad y protección, para no estar expuestos a quedar despojados de todo de un

---

<sup>28</sup> Leg. 12.292, Parte del Celador 2, 1 de Julio de 1825.

<sup>29</sup> Leg. 12.292, Parte del Celador 4, 17 de Julio de 1825.

<sup>30</sup> Leg. 52.344, Parte del nº 42, 25 de Octubre de 1825.

<sup>31</sup> Leg. 12.312. Parte del Celador nº 33, 18 de Junio de 1825.

momento a otro por cualquier turba de esos hombres armados y mujerzuelas”<sup>32</sup>. Dos años después, persiste el rumor de que “se está tramando entre algunos Voluntarios Realistas atropellar algunas casas de trato de esta capital, y aún las casas de comercio porque dicen son negros”<sup>33</sup>.

Pero ¿qué eran exactamente los *negros*? Sin duda los liberales; pero también los moderados, las autoridades que se oponían a los designios de los ultras, la policía y los militares, cualquiera que mostrase algún signo de tibieza política y, finalmente, el propio Rey. Tanto los jornaleros que se alistaban en los Voluntarios como las mujerzuelas y paisanos que los apoyaban, disponían de un término que legitimaba la violencia cometida contra todos aquellos a los que consideraban sus enemigos, independientemente de lo poderosos que estos fueran. En manos del pueblo, una etiqueta tan versátil constituía un poderoso instrumento para articular el descontento social y vengarse de los comerciantes, negociantes, especuladores, propietarios y *gentes ilustradas*; grupos que compartían una cultura política, un modelo de sociabilidad y unos criterios morales ajenos al universo de los barrios bajos. ¿Podríamos interpretar esta escisión como un signo de hostilidad hacia las clases medias ascendentes? ¿Responde la propagación del discurso ultrarrealista entre el pueblo bajo a la existencia de una política popular desligada de los intereses de las elites? Confiamos en que la investigación en curso nos permita responder afirmativa y satisfactoriamente a estas preguntas.

---

<sup>32</sup> Leg. 12.312. Parte del Celador 2, 23 de junio de 1825.

<sup>33</sup> Leg. 12.314. Parte del Celador nº 96, 9 de febrero de 1827.